

No tener cofres bien llenos
la riqueza en pie mantiene;
que no es rico el que más tiene
sino el que ha menester menos.

Domingo XIII después de Pentecostés

En aquel tiempo: Caminando Jesús hacia Jerusalén, pasaba por entre Samaria y Galilea; y estando para entrar en una población, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se pararon a lo lejos y levantaron la voz, diciendo: Jesús, nuestro Maestro, ten lástima de nosotros. Luego que Jesús los vió, les dijo: Id y mostraos a los sacerdotes. Y cuando iban, quedaron curados. Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio, volvió

a atrás, glorificando a Dios a grandes voces, y postróse a los pies de Jesús, con el rostro en tierra, dándole gracias; y éste era un samaritano. Jesús dijo entonces: Pues qué, ¿no son diez los curados? Y los otros nueve, ¿dónde están? No ha habido quien volviese a dar a Dios la gloria, sino este extranjero. Después le dijo: Levántate, vete, que tu fe te ha salvado.

(Luc. XVII, 11-19).

Ha sido siempre el agradecimiento una virtud muy rara. Muéstrase el hombre pronto y muy solícito en pedir, pero es perezoso y lento en tributar gracias. En las relaciones con Dios, por desgracia, la nota característica es la ingratitud. Alguien hubo de afirmar que las nueve décimas partes de la humanidad redimida se distinguen por la ingratitud. Gozamos de los beneficios que recibimos de nuestro Creador y Redentor, que no tienen número, y ni siquiera los ojos levantamos al que inmerecidamente nos favorece. Las calamidades, el infortunio, el dolor, enseñoreándose de nosotros a los pies del Salvador, nos arrojan y hacen subir a nuestros labios esta súplica. Piedad, Señor, piedad. Después que Dios a nuestros ruegos atiende y nos favorece y remedia, ¿quién se acuerda de glorificar al Señor y darle gracias a imitación del samaritano del Evangelio?

¿Y qué diremos de la premeditada y sistemática ingratitud de nuestra

sociedad contra Jesucristo y su Iglesia? Hubiera sido el colmo de feroz y desvergonzada ingratitud si aquellos nueve leprosos, sanos y limpios, a Jesucristo buscaran para decirle: Maestro, curados estamos de nuestra lepra, gracias a nuestra vitalidad, a nuestro propio esfuerzo, a nuestra ciencia. Nada, nada, te debemos. Lo que los leprosos del Evangelio no se atrevieron a decir, vociféralo sin pudor nuestra sociedad al propio tiempo que hace supremos esfuerzos por romper el vínculo necesario que existe entre ella y Aquel que generosamente hubo de libertarla de diabólica esclavitud con sangre divina y con su eterno Evangelio. Combatir a Cristo y esgrimir contra él las armas que pusiera en manos de los que fueron protegidos de la Iglesia, eso no tiene nombre. Con fe viva y corazón generoso postrémonos ante Jesús, estigmatizando así las dos ingratitudes, social e individual, que padecemos.

Indiferencia en... no quitar

la costumbre de blasfemar

—¿De dónde vienes tan sofocado, Anacleto?

—¿También tú...? Me c...

—Pero, hombre, ¿qué te pasa? ¿Cómo estás tan sofocado? ¿Por qué blasfemas? ¿No te avergüenzas de hablar así? ¿Qué te hicieron Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen, para que lances contra ellos esa baba de perro rabioso? Cálmate, Anacleto. Cálmate.

—¿Calmarme...? Bueno estoy para calmarme, con las cosas que me pasaron y me pasan.

—¿Te han robado... calumniado... pegado...?

—Tú siempre con esa calma chicha; con ese genio de...

—¿Qué quieres? A fuerza de mortificarme, a fuerza de vencerme, fui quitando esa mala costumbre que tuve también de blasfemar. En cuanto me contradecían un poco, me hacía un poco de daño, o no me salían las cosas como yo quería; en seguida parecía que me bullían los demonios en el cuerpo, y me venían a la boca mil barbaridades, y...

—Tienes razón: parece que bullen los demonios en nuestro cuerpo; nos ponemos como energúmenos, y entonces perdemos la razón, el juicio, todo; y ya no sabemos lo que decimos ni lo que hacemos.

—Y a fuerza de repetir esas frases horribles, esas frases infernales, parece que ya no queman los labios de los que las pronuncian; se hacen insensibles, hacen callo en sus corazones, endurecense... y entonces ya no se vé lo sucio y asqueroso del vicio de la blasfemia.

—La mala educación... Las malas compañías...

—En cuanto a lo primero, para muchos no te digo que no; para nosotros no tiene lugar esa disculpa, porque bastantes veces hemos oído en el Catecismo explicar la gravedad de la blasfemia: por ser pecado directo contra el mismo Dios... por ser pecado propio de demonios... por el poco o nulo fruto que de blasfemarse saca... Lo hemos oído, y sin embargo...

—Y los malos compañeros, ¿dónde los dejas? ¡Ah! aquella dichosa fábrica donde comencé a trabajar...

—Fábrica, taller, mina u oficina; para el caso es lo mismo. Bien pequeño me metieron en un taller de... Había unos oficiales que blasfemaban como condenados; me avergonzaba de estar entre aquellos demonios, como yo los llamaba, y temblaba porque creía que el mejor día íbamos a quedar sepultados por justo castigo de Dios... Me provocaban porque no blasfemaba como ellos, llamándome beato, etc. Resistí mucho tiempo, mucho... hasta que un día, casi no te puedo explicar lo que pasó; tan directamente me provocaron, me pegaron, me pincharon, que... les hice frente, me cegué y no supe ni lo que dije ni lo que hice al contestar a la agresión. Lo que sí te puedo decir es que, cuando me dí cuenta, aquellos desalmados estaban riéndose a mandíbula batiente y me abrazaban, diciendo: "Vaya, ahora ya eres hombre; ya eres digno de vivir entre nosotros..." Por desgracia seguí blasfemando algún tiempo todavía... Un día me dió tal vergüenza de mi cobardía, que...

—Dejaste de blasfemar, ¿verdad?

—Así fué. Trabajo me costó; pero, a fuerza de vencerme y dominar el genio, lo conseguí con la ayuda de

Dios, y hoy, casi, casi no se me escapa de la lengua ni un mal c...

—Dichoso tú...

—Procura adquirir esa sangre fría, esa sangre de horchata, esa "calma chicha"; el genio mételo en el bolso, como vulgarmente se dice; desarraigá esa mala costumbre; sal de la indiferencia y marasmo en que vives; teme los castigos de Dios... y podrás conseguir lo que yo conseguí.

—Eso he de procurar hacer. Y otro día, si gustas, continuaremos la charla...

—Cuando quieras.

Sección catequística

¡La Gracia santificante! ¡Dónde habrá palabras para ponderarla! Ella es la que comunicó al hombre ese ser nuevo, ese ser divino; ella es la que hace que las obras buenas del hombre no tengan solamente un mérito natural sino un mérito sobrenatural, y, ¿sabéis lo que esto significa? ¡Ah! significa que la más pequeña obra buena del hombre no puede pagarse nunca con cosas materiales; significa que Dios, para pagar esa obra buena, tiene que darse a sí mismo como premio, porque con nada se puede pagar la obra buena hecha en gracia de Dios más que con Dios mismo. ¡Cuánto vale la gracia santificante!

Y, sin embargo, ¡qué poco la estimó el hombre! ¡Cuán pronto la perdió! Y al perderla, perdió la vida divina, perdió la dignidad de hijo de Dios, perdió los dones sobrenaturales que había recibido, perdió la amistad de Dios, perdió su derecho al cielo y quedó con una inteligencia oscura, una voluntad propensa al mal, una carne rebelde a la razón, quedó con unas pasiones que con gran fuerza le inducen hacia los goces materia-

les prohibidos por Dios. ¡Oh, suerte desgraciada del hombre!, exclama San Agustín. ¡Oh, terrible y lamentable caída! ¡Quién podrá decir los bienes que perdió y los males que le acarreó aquel pecado! Perdió la bienaventuranza eterna a la que Dios le había llamado y se encontró con el dolor y la miseria para lo cual Dios no le había criado.

Pero, ¡oh, misericordia divina, cuán digna de alabanza eres! El hombre perdió todos sus bienes, pero por la voluntad benignísima de su Creador no los perdió para siempre. Llegará un día en que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo de Dios, se haga hijo de una Virgen y enseñe a los hombres lo que deben hacer para recuperar la gracia, y muera en una Cruz para borrar aquel pecado y deje en la tierra unos medios sencillísimos al alcance de todos por los cuales el hombre recuperará la Gracia santificante y con ella todos los bienes del orden sobrenatural que había perdido.

Esos medios son los siete Sacramentos que vamos a estudiar con la detención que merece su importancia y a nosotros se nos alcance.

¡Pruebas! ¡Pruebas!

Un catedrático de Algebra y un juez cambiaron sus destinos. El catedrático, cuando le presentaban testigos para comprobar algún delito, decía: "Yo no admito esa prueba; demostradme el hecho por medio de una ecuación". El juez, por su parte, cuando sus alumnos trataban de despejar una incógnita, les decía: "Todo eso no vale nada; buscad más bien tres testigos contestes".

Los que exigen a la religión un género de pruebas que no le pertenecen, proceden tan lógicamente como un algebrista y un juez.

ECOS PARROQUIALES

CULTOS

Se celebra hoy la fiesta de la Virgen de los Remedios, con misa solemne a las ocho, y por la tarde, a las cuatro y media, rosario cantado, novena, sermón, a cargo del beneficiado de la Catedral don Manuel S. Rubiera, y Salve cantada.

El sábado comienza la novena de la Santísima Virgen, Patrona de esta parroquia. Se hará todos los días a las siete de la tarde.

El domingo próximo (no hoy) ya habrá las misas de costumbre: a las seis, siete, ocho, nueve y once y media, con Catecismo también después de la misa de nueve.

INDULGENCIAS

Ganan plenaria los Terciarios el sábado.

MOVIMIENTO PARROQUIAL

Cultos.—Hoy, último día de la novena de Nuestra Señora de los Remedios, la misa solemne será a las nueve y los ejercicios de la tarde a las cinco, con sermón a cargo del beneficiado señor Rubiera.

El 1 de Septiembre, a las siete de la tarde, la novena en honor de la Excelsa titular de esta parroquia, la Santísima Virgen María en el misterio de su Natividad.

Bautizados.—El día 14 del corriente, Gerardo Marino Muñiz Brandariz, nacido el 31 del anterior, Azcárraga 48. El 15, María del Pilar Rodríguez Illas, nacido el 28 de Julio, Azcárraga 2. El 19, José Luis Diez Rojo, nacido el 7 del mismo, Piñera 15. El 20 Armando Fernández, nacida el 18 del mismo, Azcárraga, 75. Sea para servir a Dios.

Proclamados.—Don Bernardo García Montoto, de ésta, con doña Paz Alonso y Alonso, de Gijón.

Fallecidos.—El día 17, don Antonio Aranda Maitñón, a los veintitrés años, Jovellanos 10. Recibió lo Exremaunción. El 21, el niño José María Vidal Ramos, a los cuatro meses, calle de González Argüelles 12. El día 22, doña Pilar Rodríguez Fernández, a los sesenta y cuatro años, Martínez Vigil, 6. Recibió los Santos Sacramentos y se funeró de segunda clase.

Descansen en paz y reciban sus familias nuestro pésame.

CATECISMO DE NIÑAS

Algunas alumnas, con el pretexto de que no hay en la parroquia la misa de once y media, no vienen a la Catequesis.

Se ruega a los padres de familia tomen con el mayor interés el que sus hijas asistan a la Santa Obra, y sepan que en la Corte nunca hubo vacaciones y todos los domingos continuamos celebrando el Catecismo y llevando a las niñas que no han oído misa a la Catedral, para que cumplan con este precepto de la santificación de las fiestas.

Quando un patán duda de la existencia de su cuerpo, o de la distinción del bien y del mal, o cuando afirma que hay efecto sin causa, se dice que está demente, que no tiene sentido común. Cuando estas mismas cosas las escribe en un libro un "espíritu fuerte", se le llama filósofo.